

CAPITULO XXXII

LA CAZA DEL PÁJARO-MOSCA Y DE LAS GOLONDRINAS



EN esta crónica venatoria de todos los países, merece algunos párrafos la descripción de la caza del pájaro mosca. Valiéndonos de la varita mágica del escritor, cambiamos de horizontes y de paisajes.

Hé aquí una narración de *La Ilustración Venatoria*:

«Todo lo que la imaginación sueña que puede hacerse con la vegetación intertropical, y mucho más todavía, se realiza en espléndida escala en la feraz y pintoresca isla de la Martinica, sobre todo allá en los alrededores del Fuerte de Francia, maravillas que se deben á las facilidades para los riegos y á la posición excepcional que ocupa la isla.

Durante el día reina en sus florestas una adorable frescura: brillantes insectos, mariposas de vivísimos colores y pájaros moscas de toda especie, animan el paisaje, mientras que, en los troncos grises de los cocoteros, centenares de lagartos inofensivos y verdes como limpias esmeraldas se persiguen unos á otros describiendo caprichosos zigzags. Óyese en tanto el rumor

de las cascadas, y embalsama el aire que se respira la fragancia de los millares de flores que ya ostentan su belleza en los macizos, ó ya trepan abrazadas á las ramas bajas de los árboles. Aquel país trae involuntariamente á la memoria el recuerdo de los jardines de Armida, y es una de esas Capuas funestas al viajero, que, si no tiene el propósito de vivir en ella para siempre, debe abandonarla al punto, aunque estamos seguros de que no podrá olvidarla jamás.

Pasada la hora de la siesta se oye un lejano ruido, y verdaderas trombas de chicos, blancos y negros, armados de cerbatanas, salen al campo, llenos de ardor y de entusiasmo, con objeto de cazar pájaros moscas, ese volátil indescriptible y encantador que tanto frecuenta los jardines, aproximándose sin temor á las cañas, complaciéndose en vivir cerca de ellas, y que fabrica su nido, ya en los rebordes de los cobertizos, ya en los naranjos ó en las enramadas de madre selvas y de jazmines.

Esta preciosa ave es valerosa y hasta llega á cobrar audacia si ve que le arrebatan sus hijos, á los que ama con delirio, siguiéndoles solícita á todas partes; llegando á tanto el extremo de su cariño, que ni aun le arre-



CAZA DEL PÁJARO MOSCA

dra entrar en las habitaciones en busca de víveres con que alimentarlos. Si la habitación se adorna con flores que les gusten, tanto el macho como la hembra la convierten en aposento y morada propia, y de tal modo se familiarizan con aquellos objetos, que llegan hasta á pasar la noche con sus hijos.

El nombre de *flor animada* que se da á las mariposas sirve también para designar esta ave á los naturalistas que no la han visto en la plenitud de su movimiento y de su libertad, porque cuando vuela no es un pájaro, sino una ráfaga, una sombra fugitiva, una exhalación que pasa por delante de la vista. De repente la aparición toma cuerpo, y un pequeño punto se detiene sobre la flor. Es el pájaro mosca, que se para entre los pétalos de la corola. Todo lo que puede distinguirse es una cabecita muy animada, dos ojos como puntas de alfileres, que brillan cual si fuesen diamantes; luego un pico largo que penetra en el cáliz de la planta para extraer los aceites esenciales que forman el perfume, único alimento con que se sostiene este microscópico animal. No permanece en cada flor más que algunos segundos; así es que sólo después de muerto es cuando pueden admirarse los cambiantes colores de sus lindísimas plumas.

Es de todos los pájaros el que tiene más poderoso vuelo con relación á la masa del cuerpo, y la sangre más caliente al propio tiempo, sangre que al caer sobre la mano produce el efecto del plomo derretido. Estas aves, cuyas pasiones son violentas hasta un grado inconcebible, gozan de una constitución tan perfecta como la de los pájaros que más necesidad tienen de libertad y de independencia.

El nido del pájaro mosca es una obra maravillosa. Elige generalmente como emplazamiento un tallo colgante de sauce ó de liana para que pueda ser balanceado por el viento. Tiene el tallo 1 ó 2 milímetros de diámetro, lo cual se opone á la invasión de las arañas y otros insectos, y no es tan largo que pueda azotarlo ni romperlo el viento de la tempestad, cuidando mucho el macho y la hembra de que esté abrigado y á cubierto de la lluvia, porque una sola gota de agua como las que caen en los trópicos bastaría para ahogar en su cuna á toda la interesante familia.

Con el fin de que sea más sólido, atan á la rama el nido, compuesto de filamentos ligeros de algodón bien cardado, de borras vegetales y animales, y, por último, de crines admirablemente entrelazadas y unidas con goma y liquen. Todo ello va cubierto con una especie de baño blanquizco que toman de la corteza de los árboles, presentando la obra, en la apariencia, el color

y el tamaño de media cáscara de nuez. Allí pone la hembra tres huevos grises, grandes como la mitad de un hueso de cereza, soportando sola la fatiga y las molestias de la incubación. El macho le da de comer, si comer puede decirse á chupar el jugo de las flores que le lleva en el pico.

La caza del pájaro mosca en los países donde se cría es tan asidua y constante para satisfacer los caprichos y las exigencias del lujo, que cada vez se va haciendo más escasa esta notable especie de animales.

Pudiera creerse en principio que nada es más fácil que cazarlos, toda vez que, á pesar de la vivacidad de sus movimientos, hay un momento que permanece quieto al posarse sobre las flores; pero es un error, así como también lo es el de emplear munición por pequeña que sea, pues si se les hiere y se manchan las plumas el pájaro no sirve para nada.

La mejor arma es la cerbatana, y, aunque no sea de precisión, los muchachos, en fuerza de práctica, hacen con ella admirable puntería. Los chicos criollos ó blancos de la Martinica usan el tubo de vidrio y el hucillo clásico para esta clase de instrumentos; proyectil inocente que, si no mata al pájaro mosca del primer golpe, lo deja completamente aturdido, haciéndole caer en tierra. Los verdaderos cazadores usan, en vez del hueso, una bolita de arcilla muy dura, hecha, con este propósito, de barro húmedo que llevan á prevención en un saco pequeño.

Marchan los cazadores por el campo con el mayor silencio, mirando á todas partes y redondeando las bolas. En cuanto distinguen al ave, dirigen la cerbatana á la boca con la mano izquierda sin perder un instante, mientras que con la derecha ponen la bola en los labios; hinchán los carrillos, hacen la puntería, y una espiración violenta envía el proyectil con una fuerza considerable, á veces á veinticinco pasos de distancia.

Las damas de la Martinica, como puede verse en nuestra lámina, cazan pájaros moscas en sus parques y jardines, armadas de escopetas de sala. Esta arma encantadora, ligera, limpia, nada peligrosa, fácil de cargar y descargar, y á propósito para hacer de ella una verdadera joya, conviene admirablemente al bello sexo, enseñándole á tener una destreza que á veces se necesita tener en ciertos países especiales. Y la verdad es que matar á un pájaro mosca á veinte pasos, con el único proyectil que permite la carabina Flobert, constituye un tiro de que puede enorgullecerse no sólo una criolla, sino el cazador más diestro que pueda imaginarse.